

TRABAJO PRÁCTICO N° 12

El cuento de ciencia ficción



Actividad

Luego de haber leído las características del cuento de ciencia ficción:

- A. Subraya en la fotocopia lo más importante a modo de resumen.

Selección de cuentos de “Amor locura y muerte” de Horacio Quiroga.

- B. Tras haber leído “El almohadón de plumas”, responde: ¿De qué trata el cuento? ¿Cuál fue la causa de la muerte de Alicia? ¿En la vida real existen seres como el descrito al final del cuento? ¿Qué mensaje nos da Horacio Quiroga con el relato?
- C. Realiza un resumen del cuento ficcional “La miel silvestre” con las siguientes preguntas: ¿Por qué se llama ‘La miel silvestre’? ¿Quién es el personaje? ¿Qué le sucede a Benincasa al adentrarse al monte? ¿Cómo lo encuentra el tío luego de dos días?
- D. Redacta un cuento ficcional con un tema de interés personal. Extensión mínima de 12 líneas.

Selección de cuento

“Amor, locura y muerte” de Horacio Quiroga

EL ALMOHADÓN DE PLUMAS

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer.

Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial. Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impassible semblante de su marido la contenía siempre. La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.



No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto, Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió enseguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pesos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

—Pst... —se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio... poco hay que hacer...



—¡Solo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán.

Murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras. —Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación. —Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban. —¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandos: sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin dada su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

LA MIEL SILVESTRE



Tengo en el Salto Oriental dos primos, hoy hombres ya, que, a sus doce años, y en consecuencia de profundas lecturas de Julio Verne, dieron en la rica empresa de abandonar su casa para ir a vivir al monte. Este queda a dos leguas de la ciudad. Allí vivirían primitivamente de la caza y la pesca. Ciertamente es que los dos muchachos no se habían acordado particularmente de llevar escopetas ni anzuelos; pero de todos modos el bosque estaba allí, con su libertad como fuente de dicha, y sus peligros como encanto.

Desgraciadamente, al segundo día fueron hallados por quienes les buscaban. Estaban bastante atónitos todavía, no poco débiles, y con gran asombro de sus hermanos menores— iniciados también en Julio Verne—sabían aun andar en dos pies y recordaban el habla.

Acaso, sin embargo, la aventura de los dos robinsones fuera más formal, a haber tenido como teatro otro bosque menos dominguero. Las escapatorias llevan aquí en Misiones a límites imprevistos, y a tal extremo arrastro a Gabriel Benincasa el orgullo de sus strom-boot.

Benincasa, habiendo concluido sus estudios de contaduría pública, sintió fulminante deseo de conocer la vida de la selva. No que su temperamento fuera ese, pues antes bien era un muchacho pacífico, gordinflón y de cara uniformemente rosada, en razón de gran bienestar. En consecuencia, lo suficientemente cuerdo para preferir un té con leche y pastelitos a quien sabe que fortuita e infernal comida del bosque. Pero, así como el soltero que fue siempre juicioso, cree de su deber, la víspera de sus bodas, despedirse de la vida libre con una noche de orgía en compañía de sus amigos, de igual modo Benincasa quiso honrar su vida aceitada con dos o tres choques de vida intensa. Y por este motivo remontaba el Paraná hasta un obraje, con sus famosos strom-boot.

Apenas salido de Corrientes, había calzado sus botas fuertes, pues los yacarés de la orilla calentaban ya el paisaje. Mas a pesar de ello el contador público cuidaba mucho de su calzado, evitándole arañazos y sucios contactos.

De este modo llegó al obraje de su padrino, y a la hora tuvo este que contener el desenfado de su ahijado.

—¿A dónde vas ahora? —le había preguntado sorprendido.

—Al monte; quiero recorrerlo un poco—repuso Benincasa, que acababa de colgarse el Winchester al hombro.

—¡Pero infeliz! no vas a poder dar un paso. Sigue la picada, si quieres... O mejor, deja esa arma y mañana te hare acompañar por un peón.

Benincasa renunció. No obstante, fue hasta la vera del bosque y se detuvo. Intento vagamente un paso adentro, y quedó quieto. Metióse las manos en los bolsillos, y miró detenidamente aquella inextricable maraña, silbando débilmente aires trancos. Después de observar de nuevo el bosque a uno y otro lado, retornó bastante desilusionado.

Al día siguiente, sin embargo, recorrió la picada central por espacio de una legua, y aunque su fusil volvió profundamente dormido, Benincasa no deplora el paseo. Las fieras llegarían poco a poco.

Llegaron estas a la segunda noche—aunque de un carácter singular.

Dormía profundamente, cuando fue despertado por su padrino.



–¡Eh, dormilón! levántate que te van a comer vivo.

Benincasa se sentó bruscamente en la cama, alucinado por la luz de los tres faroles de viento que se movían de un lado a otro en la pieza. Su padrino y dos peones regaban el piso.

– ¿Qué hay? –preguntó, echándose al suelo.

–Nada... cuidado con los pies; la corrección.

Benincasa había sido ya enterado de las curiosas hormigas a que llamamos corrección. Son pequeñas, negras, brillantes, y marchan velozmente en ríos más o menos anchos. Son esencialmente carnívoras. Avanzan devorando todo lo que encuentran a su paso: arañas, grillos, alacranes, sapos, víboras, y a cuanto ser no puede resistirles. No hay animal, por grande y fuerte que sea, que no huya de ellas. Su entrada en una casa supone la exterminación absoluta de todo ser viviente, pues no hay rincón ni agujero profundo donde no se precipite el río devorador. Los perros aúllan, los bueyes mugen, y es forzoso abandonarles la casa, a trueque de ser roído en diez horas hasta el esqueleto. Permanecen en el lugar uno, dos, hasta cinco días, según su riqueza en insectos, carne o grasa. Una vez devorado todo, se van.

No resisten sin embargo a la creolina o droga similar, y como en el obraje abundaba aquella, antes de una hora quedo libre de la corrección.

Benincasa se observaba muy de cerca en los pies la placa lívida de la mordedura.

–Pican muy fuerte, realmente–dijo sorprendido, levantando la cabeza a su padrino.

Este, para quien la observación no tenía ya ningún valor, no respondió, felicitándose en cambio de haber contenido a tiempo la invasión. Benincasa reanudo el sueño, aunque sobresaltado toda la noche por pesadillas tropicales.

Al día siguiente se fue al monte, esta vez con un machete, pues había concluido por comprender que tal expediente le sería en el monte mucho más útil que el fusil. Cierto es que su pulso no era maravilloso y su acierto, mucho menos. Pero de todos modos lograba trozar las ramas, azotarse la cara y cortarse las botas, todo en uno.

El monte crepuscular y silencioso lo canso pronto. Dabale la impresión–exacta por los demás–de un escenario visto de día. De la bullente vida tropical, no hay más que el teatro helado; ni un animal, ni un pájaro, ni un ruido casi. Benincasa volvía, cuando un sordo zumbido le llamo la atención. A diez metros de él, en un tronco hueco, diminutas abejas aureolaban la entrada del agujero. Se acercó con cautela, y vio en el fondo de la abertura diez o doce bolas oscuras, del tamaño de un huevo.

–Esto es miel–se dijo el contador público con íntima gula. –Deben de ser bolitas de cera, llenas de miel...

Pero entre el, Benincasa, y las bolsitas, estaban las abejas. Después de un momento de desencanto, pensó en el fuego: levantaría una buena humareda. La suerte quiso que mientras el ladrón acercaba cautelosamente la hojarasca húmeda, cuatro o cinco abejas se posaran en su mano, sin picarlo. Benincasa cogió una en seguida, y oprimiéndole el abdomen constato que no tenía aguijón. Su saliva, ya liviana, se clarifico en milifica abundancia. ¡Maravillosos y buenos animalitos!



En un instante el contador desprendió las bolsitas de cera, y alejándose un buen trecho para escapar al pegajoso contacto de las abejas, se sentó en un raigón. De las doce bolas, siete contenían polen. Pero las restantes estaban llenas de miel, una miel oscura, de sombría transparencia, que Benincasa paladeo golosamente. Sabía distintamente a algo. ¿A qué? El contador no pudo precisarlo. Acaso a resina de frutales o de eucalipto. Y por igual motivo, tenía la densa miel un vago dejo áspero. ¡Mas que perfume, en cambio!

Benincasa, una vez bien seguro de que solo cinco bolsitas le serían útiles, comenzó. Su idea era sencilla: tener suspendido el panal goteante sobre su boca. Pero como la miel era espesa, tuvo que agrandar el agujero, después de haber permanecido medio minuto con la boca inútilmente abierta. Entonces la miel asomo, adelgazándose en pesado hilo hasta la lengua del contador.

Uno tras otro, los cinco panales se vaciaron así dentro de la boca de Benincasa. Fue inútil que prolongara la suspensión y mucho más que repasara los globos exhaustos; tuvo que resignarse.

Entretanto, la sostenida posición de la cabeza en alto lo había mareado un poco. Pesado de miel, quieto y los ojos bien abiertos, Benincasa considero de nuevo el monte crepuscular. Los árboles y el suelo tomaban posturas por demás oblicuas, y su cabeza acompañaba el vaivén del paisaje.

—Qué curioso mareo...—pensó el contador—y lo peor es...

Al levantarse e intentar dar un paso, se había visto obligado a caer de nuevo sobre el tronco. sentía su cuerpo de plomo, sobre todo las piernas, como si estuvieran inmensamente hinchadas. Y los pies y las manos le hormigueaban.

—es muy raro, muy raro, muy raro! —se repitió estúpidamente Benincasa, sin escrudiñar sin embargo el motivo de esa rareza. —Como si tuviera hormigas... la corrección—concluyo.

Y de pronto la respiración se le corto en seco, de espanto.

—¡Debe de ser la miel!... ¡Es venenosa!... ¡Estoy envenenado!

Y a un segundo esfuerzo para incorporarse, se le erizo el cabello de terror; no había podido ni aun moverse. Ahora la sensación de plomo y el hormigueo subían hasta la cintura. Durante un rato el horror de morir allí, miserablemente solo, lejos de su madre y sus amigos, le cohibió todo medio de defensa.

—¡Voy a morir ahora!... ¡De aquí a un rato voy a morir!... ¡Ya no puedo mover la mano!...

En su pánico constato sin embargo que no tenía fiebre ni ardor de garganta, y el corazón y pulmones conservaban su ritmo normal. Su angustia cambio de forma.

—¡Estoy paralizado, es la parálisis! ¡Y no me van a encontrar!...

Pero una invencible somnolencia comenzaba a apoderarse de él, dejándole integras sus facultades, a la par que el mareo se aceleraba. Creyó así notar que el suelo oscilante se volvía negro y se agitaba vertiginosamente. Otra vez subió a su memoria el recuerdo de la corrección, y en su pensamiento se fijó como una suprema angustia, la posibilidad de que eso negro que invadía el suelo...



Tuvo aun fuerzas para arrancarse a ese último espanto, y de pronto lanzo un grito, un verdadero alarido en que la voz del hombre recobra la tonalidad del niño aterrado: por sus piernas trepaba un precipitado rio de hormigas negras. Alrededor de él la corrección devoradora oscurecía el suelo, y el contador sintió por bajo el calzoncillo, el rio de hormigas carnívoras que subían.

Su padrino hallo por fin dos días después, sin la menor partícula de carne, el esqueleto cubierto de ropa de Benincasa. La corrección que merodeaba aun por allí, y las bolsitas de cera, lo iluminaron suficientemente.

No es común que la miel silvestre tenga esas propiedades narcóticas o paralizantes, pero se la halla. Las flores con igual carácter abundan en el trópico, y ya el sabor de la miel denuncia en la mayoría de los casos su condición—tal el dejo a resina de eucalipto que creyó sentir Benincasa.

El relato fantástico, el realismo y la ciencia ficción

En principio, la ciencia ficción nació dentro de la literatura fantástica. Si se piensa en *Frankenstein* o en *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* queda claro que así fue. ¿En qué se diferencian entonces ambos géneros? Los dos tratan de seres sobrenaturales o de acontecimientos insospechados, siniestros o maravillosos, pero allí donde el relato fantástico mantiene al lector en la incertidumbre, el relato de ciencia ficción intenta convencerlo de que los hechos tienen una explicación racional.

Esta explicación se basa en hechos o ideas que los conocimientos científicos contemporáneos a la obra permiten suponer como probables en un futuro. El relato quiere anticiparse a lo que podría suceder, haciendo conjeturas. Así, el autor de ciencia ficción imagina la historia a partir de datos provenientes de la realidad. La sociedad que inventa deriva de la nuestra, que actúa como punto de partida para sus suposiciones. El relato no quiere separarse de la realidad sino imaginar a partir de ella lo que podría suceder, con una intención crítica o admonitoria. La ciencia ficción sólo trata de aquello que la opinión general considera posible bajo determinadas circunstancias. Si el lector no cree que lo que le propone el relato puede suceder en un futuro, no se trata de ciencia ficción.

Los temas o tópicos característicos

Con frecuencia, el cuento de ciencia ficción plantea diversas hipótesis acerca del futuro: la invasión de la robótica y de la informática, con el consiguiente peligro de deshumanización; los viajes en el espacio y en el tiempo; la descripción de planetas de características culturales absolutamente diferentes de las del mundo actual; la convivencia pacífica o no con otros seres como alienígenas, *cyborgs*, replicantes; la aparición de fenómenos naturales imprevistos que alteran la vida de los humanos en la Tierra o amenazan la subsistencia de las especies vivientes; el fin del mundo y la soledad profunda de sus sobrevivientes son algunas de ellas.

Estos relatos se basan en la atmósfera que ha creado el avance científico y tecnológico. Por eso, es frecuente que la intención de sus autores sea advertir sobre el peligro de sus efectos.

Los viajes espaciales en el cine

En 1968, el director estadounidense Stanley Kubrick llevó a la pantalla la novela de Arthur Clarke *2001: una odisea del espacio*. Esta película se convirtió en un clásico del cine de ciencia ficción por sus efectos especiales absolutamente realistas. En ese momento, tenía lugar la llamada "carrera espacial". La Unión Soviética (actualmente, Rusia) había lanzado el primer satélite artificial y había puesto al primer hombre en el espacio, mientras que los norteamericanos planeaban llegar a la Luna. La sociedad confiaba en la conquista del espacio, como se puede apreciar en el filme, donde se ven bases lunares y estaciones espaciales que sirven de enlace entre la Tierra y su satélite. También, series de televisión como *Perdidos en el espacio* y *Star Trek* tenían el cosmos como escenario.

Cuando en 1969 el hombre llegó a la Luna, el tema del viaje espacial fue perdiendo interés para la ciencia ficción.



El actor Keir Dullea interpretó al Dr. Dave Bowman en la película *2001: una odisea del espacio*, de Kubrick.

Después de los viajes espaciales y los extraterrestres

Los intereses de la ciencia ficción han ido cambiando con la evolución del género. En la década del '70, el escritor inglés James Ballard, por ejemplo, propuso ocuparse del espacio interior y no del espacio exterior, que de alguna manera ya empezaba a ser conocido. La preocupación empezó a centrarse en este mundo y sus hostilidades. El inglés Brian Aldiss sostuvo por la misma época que los pasillos de un ministerio podían ser más interesantes que los de una nave. Esta tendencia es la que siguió el estadounidense Philip K. Dick, licenciado en Filosofía, quien replanteó en sus cuentos y novelas los grandes temas de la ciencia ficción con una mirada relativista y desconfiada sobre la realidad. Dick decía que el verdadero protagonista del relato debía ser una idea original que incentivara al lector a crear con el autor. Y que esa idea debía proponer a nuestro mundo transformado en otro que aún no existe.

En los años '80, a partir de la premiada novela *Neuromante* del escritor estadounidense William Gibson (1948), se perfiló una nueva tendencia: el *cyberpunk*. Su cuento "Quemando cromo" anticipa una red de redes antes de que se conociera Internet. El enfoque que propone Gibson no nace de temas ya tratados por el género como los robots, las naves espaciales o los avances científicos y sus consecuencias, sino de la cibernética, la biotecnología y la telaraña de comunicaciones virtuales. Otro de los autores de esta tendencia del género es el también estadounidense Bruce Sterling (1954).

Las novelas y cuentos del *cyberpunk* muestran una sociedad del futuro inmediato con un poder hipertecnologizado, y un predominio absoluto de la informática y la cibernética. Los personajes son seres marginales que suelen tener implantes en el cuerpo con los que se conectan a computadoras y las ciudades son megalópolis decadentes. Por la estructura y el clima narrativo se asemejan a los relatos policiales de la serie negra, pero ambientados en un futuro sofocante.



Alienígenas y replicantes

El director inglés Ridley Scott filmó dos películas significativas en la historia del género en el cine. En 1979, se estrenó *Alien*, el octavo pasajero, en la que se narra la aparición de una criatura monstruosa que irá atacando a todos los tripulantes de una nave espacial. En 1982, se conoció *Blade Runner*, basada en la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip Dick. La película narra la rebelión de los replicantes, robots de aspecto humano creados para trabajar en las colonias espaciales que los terrestres se ven obligados a habitar debido a que el planeta está superpoblado. Los replicantes regresan a la Tierra para enfrentarse con su creador, pues buscan prolongar su breve vida. Un policía debe localizarlos y eliminarlos. El filme muestra una ciudad de Los Ángeles decadente, sórdida y sombría, que se volvió un clásico del género.

Las nuevas tecnologías en el cine

La década de 1990 marcó el punto de partida de la digitalización del cine. En un primer momento, transformar imágenes analógicas en digitales para poder manejarlas con una computadora fue algo reservado a mejorar los efectos especiales de alguna producción en particular. Luego, comenzó a utilizarse la tecnología digital para corregir la mala iluminación o para transformar por completo un decorado previamente filmado en celuloide. Sólo estas técnicas permitieron crear dinosaurios tan realistas como los de *Parque Jurásico* o mostrar planos antes impensables. Un ejemplo claro fue *The Matrix*, la película de los hermanos Wachowski que revolucionó el cine de acción gracias a una serie de innovadoras secuencias.

Fuente: El cine, Barcelona, Larousse, 2002

A la izquierda, escena de *Matrix* recargado (2003). La saga de *Matrix* plantea un mundo en el que la humanidad es dominada por las máquinas y la lucha de los seres humanos es por su liberación. A la derecha, escena de *Blade Runner* (1982). El actor Harrison Ford interpreta al policía Rick Deckard, encargado de atrapar a los cuatro replicantes que regresan a la Tierra en busca de su creador.



1. Vuelvan a leer "El peatón". ¿Reconocen alguno de los temas característicos de los relatos de ciencia ficción?
2. Pelean los momentos en los que el relato se detiene para describir la ciudad. Allí se puede reconocer el "tono elegíaco" del que hablaba Borges. ¿A qué atribuyen esa melancolía?
3. Determinen la intención del texto.

Los orígenes del relato de ciencia ficción

La imagen de Frankenstein

La imagen más famosa del monstruo es la de la película que realizó el director inglés James Whale en 1931. Su estreno en Hollywood fue un éxito y consagró a Boris Karloff, el actor que personificó a la criatura con un emocionante humanismo. Se trata de una versión libre de la novela que difiere en mucho de su original, pero que aporta a la historia del cine una obra de gran valor narrativo y visual.



El cine y la ciencia ficción

Cuando en el París de 1895 los hermanos Lumière presentaron en público el cinematógrafo, se encontraba entre la escasa concurrencia George Méliès, un mago y prestidigitador que quedó fascinado con el invento. Enseguida, se propuso experimentar con él y años más tarde, en 1902, dio a conocer la que se considera la primera película de arte y de ciencia ficción: *Viaje a la Luna*. Con magia y humor, narra cómo un grupo de científicos construye una nave, viaja

por el espacio y conoce otro mundo. La película es muda, inaugura los efectos especiales y está basada en las fantasías de Julio Verne y H. G. Wells.



Según opinan algunos especialistas, el relato de ciencia ficción nació en la primera mitad del siglo XIX con la novela *Frankenstein* de la escritora inglesa Mary Shelley (1797-1851). Un científico da vida en su laboratorio a un ser monstruoso con restos de cadáveres humanos. Aunque la autora no le puso nombre al monstruo creado por Victor Frankenstein, con el tiempo, los lectores o los espectadores de las diferentes versiones teatrales y cinematográficas llamaron a la criatura con el nombre de su creador.

En la segunda mitad del siglo XIX, el escritor escocés Robert Louis Stevenson (1850-1894) concibió su novela *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*, que aportó al imaginario de la literatura otro científico. El respetado Dr. Jekyll se convertía en su doble, el siniestro Mr. Hyde, gracias a una droga que él mismo preparaba en su gabinete.

En realidad, ambas novelas son muy complejas y difíciles de clasificar en un género narrativo único, pero se puede reconocer en ellas un elemento fundamental de lo que más tarde se llamará ciencia ficción: son relatos en los que los acontecimientos insólitos, inquietantes o fantásticos se explican racionalmente con la ayuda de sorprendentes hallazgos producidos en el campo científico.

También durante el siglo XIX, el escritor francés Julio Verne (1828-1905) escribió una serie de novelas de aventuras, algunas de las cuales se consideran antecedentes directos del género. En *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Viaje al centro de la Tierra* y *De la Tierra a la Luna*, la ficción construye su verosimilitud o credibilidad a partir de lo que los avances de la ciencia y la técnica permitían imaginar como posible en un futuro cercano. Efectivamente, los hombres y mujeres de ese tiempo se imaginaron capaces de dar la vuelta al mundo en ochenta días, realizar un largo viaje por las profundidades del mar, llegar al centro de la Tierra e incluso a la Luna. Fue la época en que los seres humanos creyeron que podían dominar la naturaleza, cuando lograron prolongar la vida con el descubrimiento de las primeras vacunas y se produjeron grandes inventos como el telégrafo, el teléfono, la bombita eléctrica, el automóvil, el submarino y el cine.

Ilustración del tren proyectil para viajar a la Luna, aparecida en la edición de 1865 de la novela de Julio Verne *De la Tierra a la Luna*.



1. Lean primero la novela *Frankenstein* de Mary Shelley y luego vean la película de James Whale.

2. Establezcan similitudes y diferencias entre ambas.
3. Discutan acerca de las características de la criatura en cada obra.

El aporte de Wells

Después de las novelas de Verne, el escritor inglés Herbert G. Wells (1866-1946) aportó elementos importantes para la evolución del relato de ciencia ficción.

Su formación científica influyó en su actividad como autor de novelas de anticipación. *La máquina del tiempo*, *El hombre invisible*, *La isla del doctor Moreau* y *La guerra de los mundos*, todas de la década de 1890, son relatos en los que no sólo se entrelazan la aventura y la ciencia, sino que incorporan una mirada crítica sobre la sociedad. Wells es un escritor politizado que opina sobre los adelantos tecnológicos de la sociedad industrial y advierte sobre los peligros de la manipulación científica. Así, sus relatos con visiones futuristas proponen, a partir de la especulación sobre las posibles consecuencias, un análisis de la situación social de su propia época. Este rasgo determinó un giro fundamental en la historia del género: por eso se considera a Wells su precursor inmediato.



Afiche de la primera versión cinematográfica de *La guerra de los mundos* (1953). En 2005, el director Steven Spielberg realizó una nueva versión.

La consolidación del género

La plenitud de la ciencia ficción llegó en el siglo XX. En Estados Unidos, el género se renovó y tomó su nombre por primera vez. En 1926, Hugo Gernsback creó una revista dedicada exclusivamente a las historias de este tipo y acuñó el término *scientifiction* para denominar a un género que comenzaba a diferenciarse de los demás con rasgos propios bien definidos. De allí en adelante, aparecieron varias revistas que tuvieron fanáticos lectores, y escritores que se dedicaron a complacer sus gustos. En una primera etapa, de menor calidad literaria, los relatos abundaron en experimentos y científicos locos, por un lado, y en exageradas sagas de aventuras espaciales. Pero, en la década del '40, los editores de las revistas exigieron mayor calidad en la escritura y la ciencia ficción, que había sido un género menor con unos pocos aficionados, se transformó en un género de amplia aceptación. Algunos escritores clásicos como Isaac Asimov (1920-1992) y Theodore Sturgeon (1918-1985) comenzaron a escribir en esta etapa.

En la década del '50, el género ganó el respeto de la crítica con la obra de Ray Bradbury, que acercó estos relatos al gran público con temas como la preocupación por una sociedad tecnificada en exceso, el racismo, la guerra nuclear y la censura. Su escritura, que se caracteriza por un estilo nostálgico y poético, lo diferencia de otros autores del género. En este período, la ciencia ficción fue más humanista, irónica y crítica; depositaba menos confianza en la tecnología y era menos utópica.

Cuando a mediados de la década del '60 las revistas dejaron de circular, terminó de consolidarse el mercado editorial del género. Además de Bradbury y Asimov, pueden mencionarse entre los escritores más destacados a Arthur Clarke (1917), Brian Aldiss (1925), Philip Dick (1928-1982), James G. Ballard (1930) y Ursula K. Le Guin (1929).

Borges presenta a Bradbury

En 1955, se publicó por primera vez en Buenos Aires *Crónicas marcianas*. El libro lleva un prólogo de Borges en el que puede leerse:

"Su tema es la conquista y colonización del planeta. Esa ardua empresa de los hombres futuros parece destinada a la época, pero Ray Bradbury ha preferido... un tono elegíaco. Los marcianos, que al principio del libro son espantosos, merecen su piedad cuando la aniquilación los alcanza. Vencen los hombres y el autor no se alegra de su victoria. Anuncia con tristeza y desengaño la futura expansión del linaje humano sobre el planeta rojo [...] ¿Qué ha hecho este hombre de Illinois, me pregunto, al cerrar las páginas de su libro, para que episodios de la conquista de otro planeta me pueblen de terror y de soledad? ¿Cómo pueden tocarme estas fantasías, y de una manera tan íntima?"

Jorge Luis Borges: "Prólogo", en Ray Bradbury: *Crónicas marcianas*, Barcelona, Minotauro, 1955.

